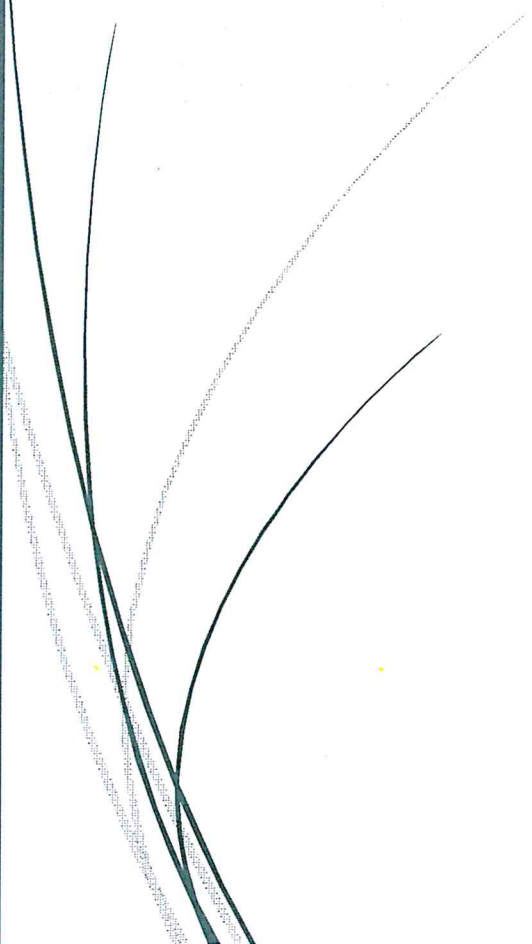


PARTICIPANTE: RELATO SOBRE  
BUJALANCE 1

TÍTULO: Sueño y pasión del  
flamenco

SEUDÓNIMO: El Breva

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



## SUEÑO Y PASIÓN DEL FLAMENCO

Yo era aún un adolescente, ¿te acuerdas, Carlos? Habíamos quedado en vernos en Bujalance, junto a tu representante, para acordar los términos del contrato por el cual tú actuarías en nuestra localidad.

Ya eras un cantautor famoso, y gozabas del prestigio del que sabía y quería cantar verdades como puños. Eran tiempos de esperanza; el miedo, que se había instalado durante cuarenta años en el corazón de la otra España, estaba haciendo las maletas y emigraba fuera de nuestras fronteras, como el Salustiano, que marchó a Alemania, harto de arado y barbecho, para hacer las Europas y buscar el pan que aquí se le negaba.

Llegamos a Bujalance cercano el mediodía y tu representante nos estaba ya esperando en la Plaza Mayor, desde donde podía observarse la torre inclinada de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. Con cara de circunstancias, se excusó educado y nos argumentó que asuntos imprevistos de última hora te habían retenido en Madrid, impidiendo así que acudieras a la cita que con tanto anhelo esperábamos. El alma se nos cayó a los pies, pero, como las penas con pan son menos, para compensarnos por tu ausencia, el buen hombre nos obsequió con todos los discos que hasta el momento habías sacado al mercado.

Alicaídos y contrariados por la inesperada noticia y, dispuestos a enjugar de alguna forma nuestra frustración, el concejal de cultura, al que acompañábamos en ese viaje, que tiraba para la ocasión de presupuesto municipal, al que le gustaba el vino, y que era partidario de llevar a la práctica la frase de *“donde fueres, haz lo que vieres”*, decidió que haríamos una ruta por los bares y restaurantes de la hermosa ciudad cordobesa, donde catamos los caldos de Montilla-Moriles y cuanto vino de origen cordobés se nos puso a mano, los cuales, debido a nuestra inexperiencia como bebedores y a nuestra corta edad, pronto se nos subieron a la cabeza.

De esta guisa, sepultadas ya las penas, alegres y positivos, mientras hacíamos tiempo visitando los monumentos más representativos de Bujalance, nos dispusimos a esperar la noche y disfrutar del resto de la velada, confiados en que la segunda parte del programa inicial del proyectado viaje nos fuese más venturoso. Dentro de pocas horas, en el Teatro Español, Salvador Távora, al frente del grupo de teatro “La Cuadra” pondría en escena la obra *Oratorio*, repleta de fuerza y simbolismos, con alegorías alusivas al mundo del flamenco, del trabajo, la Semana Santa andaluza y el sentir de un pueblo históricamente marginado.

Ya dentro del teatro, con las luces apagadas y la cabeza dándome vueltas, me sumerjo, poco a poco, en un dulce sopor. De pronto, siento un estremecimiento y me veo transportado a un limbo de sensaciones oníricas que no acierto a discernir. Debatiéndome entre las dudosas aguas del sueño y la vigilia, me dejo llevar por la dulce complacencia de las imágenes que me invaden. Veo a Juan Ramón Jiménez, montado sobre Platero, que recorre las playas onubenses, curándose en las salmueras del mar las heridas de la melancolía. “*¡Qué gozo triste éste de hacer todas las cosas como ella las hacía!*” Ausente y distraído, se detiene a recoger conchas entre la arena y la espuma, mientras el borriquillo inmortal, todo de algodón, le empuja la espalda con su hocico y le reclama higos rebosantes de ámbar y miel. Pero Juan Ramón lo ignora, transido de nostalgia y desesperanza. “*Y yo me iré [...] se morirán aquellos que me amaron [...] mi espíritu errará, nostálgico...*”

La figura del poeta de Moguer se diluye lentamente y veo aparecer, poco a poco, una luz macilenta de cirios y velas. Entre la penumbra surgen hileras de gigantescos lirios azules y morados que se mueven al lento compás de una banda de cornetas y tambores. Se oye entremezclado el quejido sombrío del martinete y la saeta, y en un rincón de la escena aparece

Velázquez, que inmortaliza en un enorme lienzo una vieja fragua, donde el tío Juane –martillo y yunque la cadencia- doblega el metal incandescente y, mientras canta una pajaron:

*No sé por qué me llaman  
el rey del surco,  
si sólo soy esclavo  
de este terruño.*

forja una baranda para que en ella suspire, verde que te quiero verde, la niña amarga que espera a su amor que viene “*sangrando, desde los puertos de Cabra*”.

En medio del cortejo de los nazarenos, negra y terrible, la parca mueve su guadaña de muerte, y un temor ancestral me estremece y me inunda de miedo. Viene precediendo un féretro de cristal que irradia una clara luz que me deslumbra y me impide ver el cadáver que en su interior reposa. De algún lado me llega el rumor amargo de unos versos, “*¿qué es lo que será que me quema?, ¿qué es lo que será que me ahoga?, ¿qué es lo que será que me lleva?, ¿qué es lo que será...?*” Y entonces veo tu cara, Carlos, y siento una convulsión. ¿O, acaso, no eres tú? Las imágenes se superponen, y veo un pájaro gris de acero surcando los cielos de Nueva York, y una estatua verde, que te quiero verde, que sostiene en una mano una flamígera antorcha que alumbra las anchas alamedas por donde pasa el andaluz reclamando tierra y libertad. Dos torres gemelas, altas y firmes como columnas de Hércules, se levantan enhiestas en medio de un hormiguero de gente que camina presurosa a la búsqueda de una identidad de la que carecen; sólo un entusiasmado poeta de amplia y despejada frente parece saber adónde va en medio de ese maremagno de huérfanos de historia que “*llenar el valle donde el Hudson se emborracha de aceite*”. Luces de neón trémulas y brillantes se encienden y apagan, compitiendo en frenética carrera por imponer sus mensajes, y, entre tanta luminaria, acierto a distinguir un enorme letrero con la leyenda “Hospital Monte Sinaí” y dentro un

trasiego incesante de batas blancas y verdes, de quirófanos que rezuman el acre olor de la asepsia y el rumor metálico de los escalpelos, y, por encima de todo ese movimiento, el golpear incesante y monorrítmico de una palabra trágica que se repite una y otra vez como un contador de pulsaciones monótono y terrible: aneurisma, aneurisma, aneurisma...

Son escenas inquietantes, sobrecogedoras, que me llenan de desasosiego, pero al cabo, la enorme tensión que he acumulado por momentos se desvanece en olas de un mar sosegado que rompen mansamente en la arena de la Caleta, donde sólo quedan barcas mecidas por la marea y la estela de los marineros que, cantando por alegrías, han salido a faenar en busca del calamar. Ahora las escenas de dolor se han tornado ríos apacibles y amplios litorales, luminosos, blancos pueblos, blasonadas ciudades, labrados campos, onduladas colinas... Entre tanto paisaje calmo veo a Gerald Brenan intentando arrojar luz en las notas del Laberinto Español sentado a la sombra de una higuera. No muy lejos cantan las chicharras y baja de Sierra Nevada una brisa fresca que da alas al estío. Sobre su hombro se posa, dulce y amorosa, la mano leve de su joven compañera, que le sonrío cuando aquél alza la vista, plena de secretos y complicidades. Gerardo, a su vez, le devuelve la sonrisa. Es feliz. Ahora ya sabe que acometerá la ardua tarea de ensayar una Historia de la Literatura Española. ¡Hay tanta poesía en el sur! *“Cierro los ojos y te siento, aunque de ti yo esté lejos. ¡Ay, Alpujarras, Alpujarras, qué grande son las estrellas...!”*

Desde su privilegiada atalaya sobre los riscos, Casares se asoma buscando al mar. Apoyado en el alféizar de una ventana, con aire pensativo, Blas Infante deja que su mirada se derrame por los amplios viñedos de Manilva, mientras su mente sueña con una Andalucía libre que sea ejemplo para España y la Humanidad. *“Los andaluces queremos volver a ser lo que fuimos, hombres de luz que a los hombres almas de hombres les dimos”*. Está lleno de agitación. Esa noche no ha dormido. Dentro de poco, por la senda antigua de los

estraperlistas, escuchará los ecos de los carboneros, de los braceros, de los yunteros que cantan pajaronas:

*Ya no voy más, compadre,  
tras de la reja,  
que, con el contrabando,  
gano pesetas.*

y subirá hasta Gaucín y llegará hasta la “Ciudad del Tajo”. En el Congreso de Ronda se sentarán las bases del ideal andalucista, de la identidad como pueblo de los andaluces. “*De Ronda vengo lo mío buscando, la flor del pueblo, la flor de mayo, verde y blanca y verde*”. Suena de nuevo, Carlos, tu voz en mi memoria, y un encrespado mar de banderas puebla las esquinas de mi sueño. “*Amo a mi tierra, lucho por ella, mi esperanza es su bandera*”. Y, en ese momento, advierto que el invasor gabacho, el franchute extranjero ha cruzado los Pirineos. La negra estela de las águilas imperiales ensombrece las tierras de España, pero en Cádiz, ¡siempre Cádiz!, los liberales han proclamado la Constitución. “*Ay, vámonos pa’ Cai, ay, con los salineros, a ver las Puertas del Mar y el azul de los esteros...*” Y, de repente, Cádiz no es Cádiz, que ya no canta por alegrías, y Blas Infante, desde los oteros y los grises alcores en que sueña una Andalucía nueva, tiene una visión que le estremece, y sus ojos son mis ojos, y veo un charco de claveles rojos en la carretera de Carmona y un eco de disparos resonando en mi mente. “*Voces de muerte sonaron cerca del Guadalquivir*”.

De nuevo el cuarto jinete del Apocalipsis, con su guadaña de frío acero, vuelve a enseñorearse de la escena, y veo el barranco de Víznar teñido de sangre, y al poeta silenciado, con su porte sereno y espartano –“*yo sé que mi perfil será tranquilo*”–, flanqueado por los banderilleros Joaquín Arcollas y Francisco Galadí y el maestro de Pulianas Dióscoro Galindo. Y la fuente de Ainadamar se llena de lágrimas, rojas como amapolas, y una lluvia de pétalos

carmesíes tiñe sus aguas y bajan hasta el Darro. “*Dile a la luna que venga, que no quiero ver la sangre [...] ¡Que no quiero verla! ¡Avisad a los jazmines con su blancura pequeña [...] ¡Que no quiero verla!*”

Aletea por el aire un halo de tristeza, un rumor de duelo, de tragedia griega. El cortejo fúnebre, azul y morado, ha vuelto a aparecer. Distingo entre las brumas el pájaro gris de acero, pero ya no vuela, ahora está varado, como un enorme cetáceo sin aliento, en la cárdena pista de cemento de un aeropuerto. Una confusión de sirenas y ambulancias aumenta mi delirio. Poco a poco se van desvaneciendo las brumas y el cortejo se vuelve omnipresente. Un grupo de plañideras se arremolina alrededor de una cama que nadie habita y la voz desgarrada de Camarón canta una soleá que suena a réquiem. “*Llevadme pa’ la Caleta, que me muero tierra adentro*”. El cortejo sigue su camino hacia un mar sin puertos, en una singladura sin escalas ni retorno. La voz del poderoso cantaor de la Isla de San Fernando desgrana ahora, desde la Venta de Vargas una seguriya de sombrías resonancias y negros ecos. Suena un bandoneón, y la voz irrepitible de Carlos Gardel se eleva en el aire como un lamento, y entonces veo a Miguel de Molina, en los arrabales del Río de la Plata “*dormido entre rosas y encajes de hilo, soñando en los lirios que vienen del Sur*”. Apoyado en el quicio de una mancebía, “*sombrero en los ojos, pañuelo esmeralda, fuego en las pestañas, ¡menudo valor!*”, canta el pasodoble de *La Bien Pagá*, mientras los desaprensivos, preñados de ira y sinrazón, propalan historias de amores prohibidos: “*cuentan que, en las noches de luna de mayo, entre lo malvado de la oscuridad, se pinta los ojos, se muerde los labios y, abanico en mano, se pone a cantar*”. Sueña –desorientada gaviota albertiana- con un blanco y veloz velero que lo traiga hasta Málaga, donde, con un fondo de verdiales, conoció el amor. Pero los dados de la fortuna ya han sido echados y, en el exilio, como tantos otros, habrá de morir: “*cuatro señoritos de pistola en mano sin voz lo dejaron en la madrugada*”.

En la Huerta de San Vicente ha caído la tarde, y de la ventana de la planta superior escapan las notas de un piano que llora. Joaquín Turina acaricia las notas de una cantiña con letra de Juan Ramón. A la puerta de la casa solariega, bajo el fresco emparrado, Angelina Cordobilla ofrece limonada fresca al numeroso grupo de personas que deambulan compungidos de un lado a otro. La familia de Federico atiende como puede a tanta muestra de solidaridad y dolor. Sentados en el poyo de la entrada se encuentra, junto a su mujer Juliana y su hija María, Manuel Cortés, el alcalde socialista de Mijas, de profesión barbero, que estuvo treinta años escondido en su casa, como topo amedrentado, para escapar de la represión implacable de la dictadura de Franco. A su lado, resplandecientes y aureolados, Blas, Federico y Carlos, inquietos sobre su largo encierro, y él les habla del cante jondo, de cómo la taranta y el polo, la debla y la petenera, cantes que aprendió a amar desde que los escuchaba de niño en las tabernas y los tabancos, le ayudó a soportar su cautiverio; y les habla, sobre todo, del miedo y la soledad, donde hasta el perfil del aire toma formas espectrales y es imposible que habite el olvido.

María la Portuguesa irrumpe de pronto en el grupo. Ha cruzado el Guadiana, atrapada en las redes de un barco marinerío que tiene su amarre en la Alhambra, y con su voz templada de fragua y taberna canta fados que se oyen desde Minho hasta el Algarve y vuelan hasta el Albaicín. ¡Fuera las penas!, reclama jubilosa, y Federico, que es juguetón como un cristobita de guiñol, propone una adivinanza: *“¿Qué es lo que será que alumbra y abre horizonte en el cielo, llena de luz la mirada y en la boca pone fuego; vuela sin que tenga alas, da sombra sin tener cuerpo, da calor sin tener llama y se alimenta de sueños...?”* Carlos esboza una amplia sonrisa, y Blas Infante, de suyo serio y circunspecto, pregunta con sereno aplomo: ¿Será el amor? Y todos ríen alborozados, y el aire se llena de un eco de campanas. Desde el convento de las Esclavas de Santa Rita tañen las espadañas por alegrías con su voz antigua de bronce viejo.



Por las veredas de la amplia vega se aproxima un cortejo, haciendo sonar dulzainas y tamboriles. Abre la marcha, montando una soberbia jaca andaluza, el rey moro Boabdil, altivo y nazarí el porte y gallarda y firme la mirada. Dicen que Ian Gibson bajó hasta la Axarquía como embajador; que por presente le llevaba pestiños fritos, pastelillos de toronja y dulces de leche frita, pero que estas ofrendas no fueron suficiente argumento para hacerle abandonar su exilio; sólo hasta que el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba irrumpió en su *jaima* con el secreto de la receta del dulce de calabaza, que la Hermana Tornera robó para él de la alacena de las monjas, no doblégó su postura y consintió al fin en acudir al entierro con su real comitiva. Eso sí, acompañado en todo momento por Antonio Gala, que, a su lado, tomaba notas apresuradas sobre papeles carmesíes, tratando de hilvanar una biografía de urgencia del último rey moro que tuvo Granada, aquel que lloraba como una mujer por los adarves, mientras, de fondo, se oía *Lágrimas negras* en la garganta flamenca y rota de El Cigala.

Mientras tanto, en el grupo del que irradiaba una blanca luz de alhelíes, ajenos al mundo y sus desvelos, departían serenamente sobre las cosas que importan. María la Portuguesa, postrada a los pies de los presentes, como entregada Magdalena que enjugara los pies de cansados caminantes, se dirigió de nuevo al llorado cantor de coplas, hálbanos del amor, Carlos, y él, complaciente, profeta en su tierra, poeta del jazmín y la azucena, le respondió solícito: *“Sólo quien ama tiene la aurora, sólo quien sueña vence al olvido, el mar no muere, mueren las olas, el cuerpo pasa, queda el amor; abrirá un día la primavera, entre sus flores me encontrarás...”* No hables de la muerte, Carlos, le imploró la morena lusitana. Pero Carlos ya no la oía; su cuerpo ya no era su cuerpo, y su blanca luz, otrora rebosante de un albor de cal y de salinas se iba ahora diluyendo blandamente. *“Poco a poco, siento que me estoy perdiendo... Poco a poco, me voy hundiendo en el mar...”* Lenta, mansamente las voces se iban apagando. *“Poco a poco, poco a poco la luna más cerca está”*. Las brumas volvían a hacer aparición, y las imágenes se tornaban difusas y sin contornos. *“La luna, que me lleve la*

*luna; si yo no soy de este mundo, que a mí me lleve la luna”... Ya no distinguía las voces de los ecos y, a medida que las sombras caían sobre el escenario, notaba que una férrea tenaza me oprimía el corazón, como si los acordes flamencos de la guitarra de Moraíto Chico desgranara con pena las notas de una soleá. “La luna, la luna por la ribera del río que yo más quiero, donde mi sombra navega...”*

De repente se hizo la luz, y tuve la sensación de que emergía de un sueño. Mi amigo el concejal me dijo que había bebido demasiado, y que me había pasado toda la función durmiendo. Yo sonreí, incrédulo. ¿De veras?, musité, mientras salíamos del interior del recinto a la calle Poeta García Lorca. El cielo de Bujalance estaba estrellado y una brisa procedente de la campiña de Córdoba se abría paso entre los olivares y acunaba entre sus ondas el canto triste de la zumaya. Dentro de pocas horas veríamos desperezarse al alba y contemplaríamos cómo, desde el Cabo de Gata hasta Ayamonte, un claro sol doraba los campos y Andalucía despertaba.

Seudónimo: “El Breva”